

Seguir a Cristo – compartir su vida y su destino - es el fundamento esencial y original de la moral cristiana. Para entrar en el Reino de Dios es necesario acoger la palabra de Jesús, que es maestro de sabiduría y salvador que libera de las potencias del mal.

- ❖ Cfr. 4º Domingo tiempo ordinario, Ciclo B, 1 febrero 2009; Evangelio: Marcos 1, 21-28; Deuteronomio 18, 15-20

Deuteronomio 18: 15 Yahveh tu Dios suscitará, de en medio de ti, entre tus hermanos, un profeta como yo, a quien escucharéis. 16 Es exactamente lo que tú pediste a Yahveh tu Dios en el Horeb, el día de la Asamblea, diciendo: «Para no morir, no volveré a escuchar la voz de Yahveh mi Dios, ni miraré más a este gran fuego». 17 Y Yahveh me dijo a mí: «Bien está lo que han dicho. **18 Yo les suscitaré, de en medio de sus hermanos, un profeta semejante a ti, pondré mis palabras en su boca, y él les dirá todo lo que yo le mande.** 19 Si alguno no escucha **mis palabras, las que ese profeta pronuncie en mi nombre**, yo mismo le pediré cuentas de ello. 20 Pero si un profeta tiene la presunción de decir en mi nombre una palabra que yo no he mandado decir, y habla en nombre de otros dioses, ese profeta morirá.»

Marcos 1, 21-28: 21 Llegan a Cafarnaúm. Al llegar el sábado entró en la sinagoga y se puso a enseñar. 22 Y quedaban asombrados de su doctrina, porque **les enseñaba como quien tiene autoridad**, y no como los escribas. 23 Había precisamente en su sinagoga un hombre poseído por un espíritu inmundo, que se puso a gritar: 24 «¿Qué tenemos nosotros contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Sé quién eres tú: el Santo de Dios.». 25 Jesús, entonces, le conminó diciendo: «Cállate y sal de él.» 26 Y agitándole violentamente el espíritu inmundo, dio un fuerte grito y salió de él. 27 Todos quedaron pasmados de tal manera que se preguntaban unos a otros: «¿Qué es esto? ¿Una doctrina nueva, expuesta con autoridad! **Manda hasta a los espíritus inmundos y le obedecen.**» 28 Bien pronto su fama se extendió por todas partes, en toda la región de Galilea.

1. Jesucristo: su identidad

❖ Jesús enseña en la Sinagoga

- En el evangelio se describe la llegada de Jesús a Cafarnaún, que se encuentra sobre la ladera del lago de Tiberíades. En San Mateo (4,13) se nos dice que después de dejar Nazaret, fue a residir en Cafarnaún, que es el centro de su actividad en Galilea. Encontró hostilidad a pesar de que hizo bastantes milagros (por ejemplo la curación del hijo del Centurión – Mateo 8, 5-17-, y la de la suegra de Pedro – Marcos 1, 29-34-), por lo que la maldijo (Mateo 11, 23-24 y Lucas 10,15).

Al principio solía predicar en la sinagoga, hasta que fue rechazado en la de Nazaret, y, a partir de entonces, predicaba al aire libre o en las casas (Marcos 2,13 y 3, 31-32, por ejemplo).

- Acerca de la predicación en la sinagoga, cualquiera que tuviese conocimientos podía dirigirse a la asamblea, sin que hubiese necesidad de algún mandato. “La sinagoga no era el templo, sino una casa de la comunidad, en la que ésta se reunía para orar y escuchar la sagrada doctrina. En ella no oficiaban sacerdotes, sino que cada miembro adulto de la comunidad tenía derecho a tomar la palabra para estímulo de los demás. Recordemos el relato del libro de los Hechos de los Apóstoles, cuando Pablo, de viaje, entra en la sinagoga con sus compañeros. El jefe de la sinagoga les manda a decir: «Hermanos, si queréis pronunciar unas palabras para exhortar al pueblo, hablad». Y Pablo se pone en pie y habla (13, 14-16). Del mismo modo, Jesús podía hacer, sin más, uso de la palabra. Y lo hizo en toda la región; también aquí, en su pueblo” (Romano Guardini, El Señor, Ed. Cristiandad 2ª edición 2005, p. 79).

- En relación con el mensaje de Jesús, se pueden precisar varias cosas: a) Él mismo es la palabra viviente y sustancial de Dios; b) no solamente anuncia el mensaje de Dios sino que lo realiza con obras de salvación. Acerca del contenido, según nos dicen los vv. 14ss, hablaba de la plenitud del tiempo, de la cercanía del Reino de Dios, e invitaba a la conversión. San Marcos frecuentemente se refiere a la reacción de estupor y de admiración de los que le escuchaban.

- ❖ Enseña con autoridad propia: su palabra es la de Dios. Refrenda el poder de su palabra liberando al endemoniado. El verdadero exorcismo.

o Cfr. J. Ratzinger – Benedicto XVI, Jesús de Nazaret, La esfera de los libros 2007, pp. 129-160: La torá del Mesías.

- pp. 132-133: “El Yo de Jesús destaca de un modo como ningún maestro de la Ley se lo puede

permitir. La multitud lo nota; Mateo nos dice claramente que el pueblo «estaba espantado» de su forma de enseñar. No enseñaba como lo hacen los rabinos, sino como alguien que tiene «autoridad» (7, 28; cf. Mc 1, 22; Lc 4, 32). Naturalmente, con estas expresiones no se hace referencia a la calidad retórica de las palabras de Jesús, sino a la reivindicación evidente de estar al mismo nivel que el Legislador, a la misma altura que Dios. El «espanto» (término que normalmente se ha suavizado traduciendo por «asombro») es precisamente el miedo ante una persona que se atreve a hablar con la autoridad de Dios. De esta manera, o bien atenta contra la majestad de Dios, lo que sería terrible, o bien —lo que parece prácticamente inconcebible— está realmente a la misma altura de Dios”.

o La potestad se refiere a dos aspectos: a su enseñanza y a su poder sobre el demonio.

- Evangelio de hoy, cfr. Nuevo Testamento Eunsa 2004, Mc 1, 21-28: “El primer episodio que se narra es la liberación de un endemoniado. El evangelista, haciéndose eco del comentario de la muchedumbre (v. 27), proclama con admiración que Jesús enseñaba y actuaba «con potestad» (v. 22). A lo largo de estos primeros capítulos del evangelio, Jesús irá mostrando que su potestad abarca muchas cosas: las enfermedades y los demonios (1, 29-34), las leyes rituales (2, 18-28), etc. Ahora, sin embargo, la potestad se refiere a dos aspectos: a su enseñanza y a su poder sobre el demonio. Jesús no se remite a la enseñanza de los maestros de Israel, ni siquiera introduce su doctrina, como los profetas, afirmando que proclama la palabra de Dios: su palabra es la de Dios. Y, como para refrendar el poder de su palabra, con ella libera también al endemoniado. (...) Los demonios tienen un conocimiento superior a los hombres, pero frente a Jesús no les sirve para nada. Así, por ejemplo, conocen que Jesús es el «Santo de Dios» (v. 24), pero desconocen que es también el Siervo del Señor que liberará al mundo con la cruz”.

o Los demonios que tenemos dentro de nosotros.

- **La «doctrina nueva» de Cristo no es una vaga teoría filosófica sino una fuerza creadora y liberadora.**

- El hombre que es curado estaba bajo el dominio del maligno; el adjetivo “impuro” indica que el poder que lo tenía esclavo era opuesto a la santidad de Dios y extraño a la creación (cfr. Levítico 11,44).
- Gianfranco Ravasi, *Secondo le Scritture Anno B*, Piemme 1996 p. 165: La palabra de Jesús penetra en nuestra historia e inicia un proceso de aniquilamiento del mal. (...) La «doctrina nueva» de Cristo no es una vaga teoría filosófica sino una fuerza creadora y liberadora. Todos nosotros tenemos necesidad de exterminar los demonios secretos que tenemos dentro y que se llaman, como decía Jesús, “los malos pensamientos, las fornicaciones, los robos, los homicidios, los adulterios, los deseos avariciosos, las maldades, el fraude, la deshonestidad, la envidia, la blasfemia, la soberbia y la insensatez (Mc 7, 21-22)”¹.
- **Nuevo Testamento, Eunsa 1999, Marcos 7, 1-23:** “El origen del pecado y de la mancha moral no hay que buscarlo en lo creado, pues Dios, tras crear todas las cosas, vio que eran buenas (cfr. Génesis 1, 31), sino en el corazón del hombre que, después del pecado original, fue «mudado en peor» y se ve sometido a los asaltos de la concupiscencia. Con esto no se enseña que el hombre no puede vencer (Génesis 4,7), pero sí que necesita luchar (Cfr. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1707)”.

o El verdadero exorcismo. El espíritu inmundo salió de él.

Cfr. Raniero Cantalamessa, IV Domingo tiempo ordinario B, 29 enero 2006, Zenit.org viernes 27 enero.

«Entonces un hombre poseído por un espíritu inmundo se puso a gritar: “¿Qué tenemos nosotros contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Sé quién eres tú: el Santo de Dios”. Jesús, entonces, le conminó diciendo: “Cállate y sal de él”. Y agitándose violentamente el espíritu inmundo dio un fuerte grito y salió de él». ¿Qué pensar de este episodio narrado en el evangelio de este domingo y de muchos otros sucesos análogos presentes en el Evangelio? ¿Existen aún los «espíritus inmundos»? ¿Existe el demonio?

¹ Cfr. Marcos 7, 20-23: “Lo que sale del hombre es lo que hace impuro al hombre. Porque del interior del corazón de los hombres proceden los malos pensamientos, las fornicaciones, los robos, los homicidios, los adulterios, los deseos avariciosos, las maldades, el fraude, la deshonestidad, la envidia, la blasfemia, la soberbia y la insensatez” Todas estas cosas malas proceden del interior y hacen impuro al hombre”.

Cuando se habla de la creencia en el demonio, debemos distinguir dos niveles: el nivel de las creencias populares y el nivel intelectual (literatura, filosofía y teología). En el nivel popular, o de costumbres, nuestra situación actual no es muy distinta de la de la Edad Media, o de los siglos XIV-XVI, tristemente famosos por la importancia otorgada a los fenómenos diabólicos. Ya no hay, es verdad, procesos de inquisición, hogueras para endemoniados, caza de brujas y cosas por el estilo; pero las prácticas que tienen en el centro al demonio están aún más difundidas que entonces, y no sólo entre las clases pobres y populares. Se ha transformado en un fenómeno social (¡y comercial!) de proporciones vastísimas. Es más, se diría que cuanto más se procura expulsar al demonio por la puerta, tanto más vuelve a entrar por la ventana; cuánto más es excluido por la fe, tanto más arrecia en la superstición.

Muy diferentes están las cosas en el nivel intelectual y cultural. Aquí reina ya el silencio más absoluto sobre el demonio. El enemigo ya no existe. El autor de la desmitificación, R. Bultmann, escribió : «No se puede usar la luz eléctrica y la radio, no se puede recurrir en caso de enfermedad a medios médicos y clínicos y a la vez creer en el mundo de los espíritus».

Creo que uno de los motivos por los que muchos encuentran difícil creer en el demonio es porque se le busca en los libros, mientras que al demonio no le interesan los libros, sino las almas, y no se le encuentra frecuentando los institutos universitarios, las bibliotecas y las academias, sino, precisamente, a las almas. Pablo VI reafirmó con fuerza la doctrina bíblica y tradicional en torno a este «agente oscuro y enemigo que es el demonio». Escribió, entre otras cosas: «El mal ya no es sólo una deficiencia, sino una eficiencia, un ser vivo, espiritual, pervertido y pervertidor. Terrible realidad. Misteriosa y espantosa».

También en este campo, sin embargo, la crisis no ha pasado en vano y sin traer incluso frutos positivos. En el pasado a menudo se ha exagerado al hablar del demonio, se le ha visto donde no estaba, se han cometido muchas ofensas e injusticias con el pretexto de combatirlo; es necesaria mucha discreción y prudencia para no caer precisamente en el juego del enemigo. Ver al demonio por todas partes no es menos desviador que no verle por ninguna. Decía Agustín: «Cuando es acusado, el diablo se goza. Es más, quiere que le acuses, acepta gustosamente toda tu recriminación, ¡si esto sirve para disuadirte de hacer tu confesión!».

Se entiende por lo tanto la prudencia de la Iglesia al desalentar la práctica indiscriminada del exorcismo por parte de personas que no han recibido ningún mandato para ejercer este ministerio. Nuestras ciudades pululan de personas que hacen del exorcismo una de las muchas prácticas de pago y se jactan de quitar «hechizos, mal de ojo, mala suerte, negatividades malignas sobre personas, casas, empresas, actividades comerciales». Sorprende que en una sociedad como la nuestra, tan atenta a los fraudes comerciales y dispuesta a denunciar casos de exaltado crédito y abusos en el ejercicio de la profesión, se encuentre a muchas personas dispuestas a beber patrañas como éstas.

Antes aún de que Jesús dijera algo aquel día en la sinagoga de Cafarnaúm, el espíritu inmundo se sintió desalojado y obligado a salir al descubierto. Era la «santidad» de Jesús que aparecía «insostenible» para el espíritu inmundo. El cristiano que vive en gracia y es templo del Espíritu Santo, lleva en sí un poco de esta santidad de Cristo, y es precisamente ésta la que opera, en los ambientes donde vive, un silencioso y eficaz exorcismo.

2. Para entrar en el Reino de Dios es necesario acoger la palabra de Jesús

- **Todos los hombres estamos llamados a entrar en el Reino de Dios: para ello es necesario acoger la palabra de Jesús.**
- **Catecismo de la Iglesia Católica, n. 543:** Todos los hombres están llamados a entrar en el Reino. Anunciado en primer lugar a los hijos de Israel (Cf Mateo 10, 5-7), este reino mesiánico está destinado a acoger a los hombres de todas las naciones (Cf Mateo 8, 11; 28, 19). **Para entrar en él, es necesario acoger la palabra de Jesús:**

La Palabra de Dios se compara a una semilla sembrada en el campo: los que escuchan con fe y se unen al pequeño rebaño de Cristo han acogido el Reino; después la semilla, por sí misma, germina y crece hasta el tiempo de la siega (Concilio Vaticano II, *Lumen gentium*, 5).

3. La moral cristiana es adhesión a la persona de Jesús

- **Juan Pablo II, Enc. Veritatis splendor, 19:** No se trata solamente de escuchar una enseñanza y de cumplir un mandamiento, sino de algo mucho más radical: **adherirse a la persona misma de Jesús, compartir su**

vida y su destino, participar de su obediencia libre y amorosa a la voluntad del Padre.

- “«**Ven, y sígueme**» (Mt 19, 21) - [19]. El camino y, a la vez, el contenido de esta perfección consiste en la *sequela Christi*, en el seguimiento de Jesús, después de haber renunciado a los propios bienes y a sí mismos. Precisamente ésta es la conclusión del coloquio de Jesús con el joven: «luego ven, y sígueme» (Mateo 19, 21). Es una invitación cuya profundidad maravillosa será entendida plenamente por los discípulos después de la resurrección de Cristo, cuando el Espíritu Santo los guiará hasta la verdad completa (cf. Jn 16, 13).

Es Jesús mismo quien toma la iniciativa y llama a seguirle. La llamada está dirigida sobre todo a aquellos a quienes confía una misión particular, empezando por los Doce; pero también es cierto que la condición de todo creyente es ser discípulo de Cristo (cf. Hechos 6, 1). Por esto, *seguir a Cristo es el fundamento esencial y original de la moral cristiana*: como el pueblo de Israel seguía a Dios, que lo guiaba por el desierto hacia la tierra prometida (cf. Exodo 13, 21), así el discípulo debe seguir a Jesús, hacia el cual lo atrae el mismo Padre (cf. Juan 6, 44).

No se trata aquí solamente de escuchar una enseñanza y de cumplir un mandamiento, sino de algo mucho más radical: *adherirse a la persona misma de Jesús*, compartir su vida y su destino, participar de su obediencia libre y amorosa a la voluntad del Padre. El discípulo de Jesús, siguiendo, mediante la adhesión por la fe, a aquél que es la Sabiduría encarnada, se hace verdaderamente *discípulo de Dios* (cf. Jn 6, 45). En efecto, Jesús es la luz del mundo, la luz de la vida (cf. Juan 8, 12); es el pastor que guía y alimenta a las ovejas (cf. Juan 10, 11-16), es el camino, la verdad y la vida (cf. Juan 14, 6), es aquel que lleva hacia el Padre, de tal manera que verle a él, al Hijo, es ver al Padre (cf. Jn 14, 6-10). Por eso, imitar al Hijo, «imagen de Dios invisible» (Colosenses 1, 15), significa imitar al Padre”.

- **Catecismo, n. 1792: junto a los malos ejemplos, la servidumbre de las pasiones, la falta de conversión, etc. en primer lugar el desconocimiento de Cristo y de su Evangelio, puede conducir a desviaciones en la conducta moral.**

• “El desconocimiento de Cristo y de su Evangelio, los malos ejemplos recibidos de otros, la servidumbre de las pasiones, la pretensión de una mal entendida autonomía de la conciencia, el rechazo de la autoridad de la Iglesia y de su enseñanza, la falta de conversión y de caridad pueden conducir a desviaciones del juicio en la conducta moral”.

- **Catecismo, n. 160: Cristo invita a la fe y a la conversión sin forzar**

• (...) “Cristo invitó a la fe y a la conversión, El no forzó jamás a nadie jamás. «Dio testimonio de la verdad, pero no quiso imponerla por la fuerza a los que le contradecían. Pues su reino... crece por el amor con que Cristo, exaltado en la cruz, atrae a los hombres hacia El» (Concilio Vaticano II, Declaración *Dignitatis humanae*, 11)”.

www.parroquiasantamonica.com